

EL SONIDO DE UN HOGAR

En ese momento lo sentí, sentí mi corazón palpar más lento de lo normal mientras un ligero suspiro salía con timidez de mi nariz, a la vez que una sonrisa de agrado se veía reflejada en mi rostro. En ese momento lo sentí. Sentí como mis ojos se movían de manera panorámica analizando todo lo que veían a mi alrededor, mientras una ligera brisa recorría cada parte de mi cuerpo, provocando un tenue pero agradable escalofrío. Ahí fue cuando lo sentí. Nada, no oía nada, solo un canto sereno que reproducían unos pájaros a lo lejos. Y de repente, mi mente se paralizó, dejó de pensar, todas esas voces y ruidos con las que siempre había vivido se silenciaron, podía oír como mi corazón latía, haciéndome sentir como una ligera pluma que cae de un nido moviéndose de lado a lado. Ahí fue cuando lo sentí. Sentí ese precioso sentimiento de calma y alegría del cual tantas veces había oído y nunca había experimentado, en pocas palabras, sentí felicidad.

Salí a dar un paseo por el pueblo percatándome de cada insignificante pero gran detalle que hacía que mi vida fuera tan especial, tan única. Pero me detuve, me detuve al oír ese sonido que retumbaba, que hacía eco entre las montañas del Pirineo aragonés y que por algún motivo, llenaba mi cuerpo con ríos de serenidad por los que nadaban peces de satisfacción. La oí. Oí la gran campana de la iglesia, cada vez más desgastada pero que llenaba mi corazón, cada vez que la oía sentía que respiraba. Yo seguía inmóvil, quieta en una de esas cuevas que formaban el pueblo y que subía a su plaza principal, y de repente sonó. Primera campanada. En ese momento vino a mi mente una ráfaga de sentimientos variados que se gritaban entre sí. Pude distinguir un apetecible aroma a pan recién hecho, era la panadería del pueblo. Cualquier persona que entrara a ese lugar iba a ser recibida por una afable panadera con una sonrisa pintada en su rostro. Siempre sonreía. Con esa encantadora sonrisa te acogía en la panadería como si fuera su casa, haciéndote sentir una sensación de aprecio hacia ese tipo de personas que parece que no marcan tu vida, pero que si se fueran te faltaría algo cada día, esa mirada de amor. Esa panadera se levanta temprano para hornear el pan y preparar esas magdalenas rellenas de ternura para que al desayunarlas por la mañana, todos los habitantes del pueblo tengan ese momento de comer algo casero, algo hecho con amor. Segunda campanada. Giré la cabeza y las vi. Aquellas señoras sentadas haciendo ganchillo a la puerta de casa en grupo, observando a todo a quien pasa por delante y saludando a todo conocido. Sonreí. Esas señoras cosiendo ganchillo y sentadas en sillas de playa son muy especiales, pues te abren las puertas de su casa cada vez que lo necesitas y se preocupan por ti, te preguntan cómo fue esa cita con el médico, cómo está tu hermana o si ya has arreglado esa gotera. Dan un ambiente familiar al pueblo y te da a entender que siempre hay personas que se preocupan por ti. Esas señoras son simplemente maravillosas. Tercera campanada. Llegaba a mis oídos un sonido armonioso y musical, repitiendo sucesivamente una melodía

que podía reconocer perfectamente. Era el afilador. Vi como una vecina le decía con voz ronca a éste que bajaría rápidamente para afilar algunos cuchillos. Costumbres. Que pasara a diario el afilador recorriendo todas las calles del pueblo era una costumbre y sin ellas, este pueblo no sería lo mismo. Cuarta campanada. Oía a mi alrededor gente hablando, más bien comentando de otras personas para saber qué era de ellos, cómo estaban. Raros. Se referían a ellos con nombres raros. Motes. Esos apodos tan familiares y que al oírlos ya sabías perfectamente la persona de la que se trataba. Motes cariñosos y llenos de recuerdos, pues surgían sobre todo de acontecimientos ocurridos y realizados por cierta persona que perdurarán en la historia del pueblo, de generación en generación. Quinta campanada. Mientras subía las cuestas que componen el pueblo, iba pasando por al lado de casas de piedra, las cuales con sus ventanas abiertas desprendían un olor a bizcocho de yogur que inhalaba cuidadosamente, a la vez que tenía los ojos cerrados para concentrarme en ese apetecible aroma. Llegué al bar, ese bar con mesas metálicas y sillas de marcas de cerveza debajo de un toldo ya algo desgastado. Entré. Como de costumbre me topé con ese grupo de personas mayores que se reunían cada tarde en el mismo lugar para echar una partida a las cartas. No les hacía falta ningún tipo de aparato electrónico para divertirse, simplemente unas risas y encontrarse cara a cara con sus amigos de siempre. Son personas que tienen aún mucho que enseñar, pues saben disfrutar con cosas simples pero que a veces no sabemos apreciar. Sexta campanada. Los niños. Los niños dan una esencia única y encantadora al pueblo, sin ellos estaría muy silente. Te llenan de alegría al verlos jugando en la plaza o yendo hacia el río a darse un baño al caliente sol del verano. No puede desaparecer. La juventud que da esta felicidad y hace a los mayores sonreír cuando pasan corriendo por delante no puede desaparecer. Sin los niños el pueblo no existiría. Séptima campanada. Me quedé mirando a un punto fijo, concentrada, pues oía a lo lejos un fuerte sonido, rápidamente lo reconocí. Un tractor. El sonido que se colaba tímidamente en mis oídos venía del tractor que sembraba semillas en los campos que rodeaban el pueblo. Conducido por el conocido agricultor del pueblo, el que te ofrecía verduras de su propio huerto para hacer un puré. Como he comentado antes, son costumbres. Costumbres que hacen que un pueblo pequeño y benévolo valga más que una ciudad grande con un pequeño corazón. Octava campanada. Entre todos esos pensamientos desordenados en mi mente logré distinguir uno en concreto, mañana era domingo. El domingo había mercadillo, donde el pueblo se reunía para observar y quizá comprar alguno de los productos de los mercaderes. Familia. Yo los domingos veo una familia, un pueblo. Señoras intercambiando sonrisas y preocupaciones mientras comentan el tejido de unas camisetas con estampado floral y sus esposos, estrechándose la mano y acordando una partida de cartas en ese bar que he comentado antes, un bar donde comparten momentos de amistad, momentos de bienestar. Los domingos en ese lugar se aprecian muy bien esos vínculos irrompibles, esos vínculos que forman un hogar. Silencio. De pronto, todos esos pensamientos en mi mente se disolvieron, provocando una tranquilidad en mi mente tan reconfortante como el llanto de un sensible bebé al nacer. Paró. La campana de

aquella iglesia dejó de sonar. Habían sonado ocho campanadas, lo que significaba la convocación a la misa de ocho, donde todas las familias del pueblo compartían un tiempo de culto, un tiempo de alivio. Tras ver cómo se vaciaba el pueblo y se alumbraban las antiguas farolas con luz anaranjada, decidí irme al campo y así, tener la ocasión de contemplar ese maravilloso momento en el cual el sol se esconde y el silencio brilla. Tranquilidad. Paz. Cansada, abatí mi cuerpo en aquella pradera verde aún húmeda. Tocaba sutilmente la hierba con las yemas de mis dedos, las acariciaba cuidadosamente, como si temiera hacerles daño. Salió de mi boca un suspiro. No era un suspiro de cansancio, sino un suspiro de calma y tranquilidad. Hogar. Este pueblo era mi hogar. Me vino a la mente el momento exacto en el que llegué a este pueblo sin saber, que aquí encontraría esa felicidad que yo daba tan por perdida, sin saber que aquí encontraría una familia. Una familia con la que no comparto sangre, pero sí historias y sentimientos por este hermoso lugar. No puede desaparecer. Como he dicho antes, la juventud no puede desaparecer, pues se necesitan mentes jóvenes y prósperas que cuiden este pueblo, que cuiden de nuestro hogar. Ruido. Años atrás yo sólo tenía ruido, ruido mental. Vivía en una ciudad bonita y amplia, pero la gente vivía estresada, lo que hacía que yo viviera de la misma manera. Huí. Huí de esa ciudad tan práctica, pero tan opresiva. Calma. Lo que yo quería sentir era calma, ese fue el motivo por el cual vine a este lugar. Abrí mis ojos que permanecían cerrados mientras ahondaba en mis pensamientos y de repente, ahí fue cuando lo sentí. Sentí ese precioso sentimiento de calma y alegría del cual tantas veces había oído y finalmente había logrado experimentar, en pocas palabras, sentí felicidad. ¿Y tú, en un mundo lleno de ruido, no necesitas huir hacia esas campanas?